

EL PERRO JUNTO AL HOMBRE: EN SU COTIDIANIDAD, EN LA CINEGÉTICA Y EN LAS ARTES

Francisco de Paula Sánchez Zamorano

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Perro.
Can.
Ciencia.
Arte.
Doméstico.
Pintura.

En este trabajo se pretende esbozar poniendo de relieve la figura del can, un breve pero analítico recorrido por las distintas disciplinas artísticas (principalmente pintura, pasando por Velázquez y Tassili n'Ajjer) y literarias (mencionando a Miguel Cervantes y Gabriel García Márquez entre otros), sin dejarse atrás su domesticidad y nobleza "personales", características inherentes a un animal del que somos tan dependientes de él, como lo es él de nosotros.

ABSTRACT

KEYWORDS

Dog.
Can.
Science.
Art.
Domesticity.
Paint.

In this work we intend to outline the figure of the can. A brief but analytical course through the different artistic disciplines (mainly painting, passing through Velázquez and Tassili n'Ajjer) and literary (mentioning Miguel Cervantes and Gabriel García Márquez among others). Without leaving behind his "personal" domesticity and nobility, characteristics inherent to an animal of which we are so dependent on him, as he is us.

1. MASTÍN CON LAS OVEJAS

Ante el dilema de abordar para este artículo un tema puntual que tenga al perro por protagonista o disertar sobre él de modo general, he optado por esta última que, por supuesto, resulta más fácil, especialmente para quien la relación con el perro ha estado vinculada a dos de los propios ámbitos que dan título a esta intervención, esto es, el cotidiano y el cinegético, sin desdeñar alguna puntual experiencia pictórica de simple aficionado donde el perro ha asumido cierta significación.

En cualquier caso, el denominador común en la relación que he tenido con este animal viene marcada por el sentimiento del aprecio; por ese afecto que se le puede llegar a

tomar sólo por el simple hecho de tenerlo diariamente a nuestro lado. El mero interés de que me hiciese compañía o la ilusión porque al regresar hasta él, aunque tan sólo hubiesen pasado unos breves minutos, me recibiese celebrando el reencuentro hecho un ovillo de alegría, deshecho “en fiestas”, eran ya razones suficientes.

No dudo que la causa de ello radica en la magnífica irracionalidad de este animal, en su incapacidad para aprehender muchos conceptos, entre ellos el del tiempo, deficiencia que queda eclipsada ante la fuerza poderosa de la fidelidad. La fidelidad a quien le da de comer y le concede la libertad. Justo lo contrario de lo que le ocurre al racional ser humano, el cual está tan sumergido en tantas intrigas y poseído por tantas pasiones que deja en un segundo plano buena parte de sus valores que le deberían ser esenciales, entre ellos el de la lealtad hacia los que con más proximidad le rodean, desconociendo con frecuencia la virtud del agradecimiento. La historia y la vida nos enseñan el drama de la jauría humana, el del hombre que se hace lobo con el propio hombre, el del hombre que muerde la mano de su bienhechor.

2. ANCIANA CON SU PERRO

Quizá por eso suele esgrimirse la vigencia de la idea que encierra la frase del novelista y ensayista inglés ALDOUS HUXLEY cuando afirmara que “todos los hombres son dioses para su perro; por eso —decía este escritor— hay tanta gente que ama más a los perros que a los hombres”. O si no —afirmo yo— que se lo pregunten a esa anciana postergada en la soledad de su piso de capital cuando pasa por la experiencia de sobrevivir a su chuchó.

Ahora bien, no se me malinterprete. Lo que estoy diciendo, exageraciones aparte, nada tiene que ver con el “talibanismo” —permítaseme la expresión— que practican algunos desde posiciones extremas que hacen del animal, por supuesto del perro, estandarte de reivindicaciones políticas que llegan hasta el afrentoso deseo de colocarle en un plano superior al del ser humano. Algún que otro programa de televisión que tiene por teórico protagonista al perro hiere y ofende verdaderamente por ello la dignidad humana. Porque una cosa es el sentimiento particular de cada cual en relación a un animal y otra esas excentricidades o ese desorden en los afectos.

Desde pequeño tuve todo tipo de animales, pero nada como los perros. Aunque el aprecio que se les llega a tomar se convierta, con más frecuencia de la esperada, en una suerte de sufrimiento. Porque si nuestra vida se concibe —podríamos decir— corta, la del perro mucho más. La desproporción es de uno a siete a nuestro favor. Un perro de doce años es un anciano —o un mayor como con eufemismo se dice ahora— octogenario si esa edad la trasladamos a la de un ser humano. Y ello lleva al dueño a reflexionar sobre la necesidad de sustituir por otro al difunto. Pero el propósito de no volver a tener un animal para evitar ese consabido malestar pronto se resquebraja. En realidad, a rey muerto rey puesto. Y vienen otros perros, y luego otros, y otros...

Y es que el perro da a su dueño todo lo que tiene a cambio de nada. Él no entiende de traiciones ni de desaires. Su dios —ya se ha dicho— es su amo. Y eso que este maravilloso animal habla, siente y hasta se le reconoce una especie de elemental memoria que sobrepasa la de su propio instinto. Su aullido se identifica con su ancestral grito de dolor, el que siempre tuvo antes de que fuese domesticado y de que adoptara el ladrido como forma de comunicarse, como mecanismo para articular su lenguaje, ese lenguaje que nosotros mismos le hemos enseñado a través de los siglos. Hay quien dice que incluso hoy, en situaciones de desconexión con la especie humana, existen perros mudos, como los de ciertas razas australianas o americanas, cuyos ejemplares sólo aúllan como el lobo.

3. LOBO AULLANDO A LA LUNA

Como afirmara ORTEGA y GASSET en el magnífico prólogo que le hiciese al libro “Veinte años de Caza Mayor” del CONDE DE YEBES, “casi todos los cazadores ignoran que el ladrido no es natural al perro. Ni el perro salvaje, ni las especies de que procede —lobo, chacal— ladran, sino que, simplemente, aúllan”. El aullido, al decir del gran filósofo, “es como un grito de dolor en el hombre, un gesto expresivo. El ladrido, la palabra, en cambio, es emitido voluntariamente por el perro para decirle algo a su amo”. “Por eso —continúa diciendo ORTEGA— cuando el extraño pasa a la vera de la alquería, el perro ladra, no porque le duela nada, sino porque quiere decir a su amo que un desconocido anda cerca. Y el amo, si conoce el diccionario de su can, puede saber más detalles: qué temple lleva el transeúnte; si éste pasa cerca o lejos; si es uno solo o un grupo (...) o hasta si es rico o pobre (...)”.

De este modo, el dueño del animal —no digamos si es cazador— puede llegar a conocer el rico vocabulario que encierra la particular gramática de su perro, el cual, con su lenguaje de ladridos, se ha casi “racionalizado”. De esta forma, y tomando como paradigma el ámbito de la venación, cazador y perro se hacen sociedad natural y complicidad inquebrantable, pues cuando la caza se practica con perro llega a ser esencia y estética de la cinegética que se tiñe de cierta aura artística por más que, como la tauromaquia, sea contemplada por los monopolistas de la sensibilidad como pulsión de lo más atávico que aún lastra el alma humana.

4. PERRO GUÍA

Pero ese conocimiento y esas complicidades fluyen, como he apuntado, en otro tipo de “sociedades” —dicho quede el término entre comillas— formadas por el animal y su dueño en los más diversos menesteres. Ahí están, por citar algunos ejemplos, los perros que guían al ciego, los que en catástrofes ayudan a localizar personas y cadáveres humanos entre los escombros, los que auxilian a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, o los que simplemente se limitan a prestar compañía a su poseedor.

En cualquier caso, me interesa retomar al perro con su esplendorosa irracionalidad y al hombre con su oscura racionalidad, formando, en su cotidianidad, esa milenaria “pareja” o “sociedad”. Esa sociedad que pone de manifiesto nuestro rico refranero: “compañía de dos, mi perro y yo”, y que hoy se convierte en moneda corriente a causa de la deshumanización que ha impuesto los hábitos de la vida moderna con la exaltación del individualismo y la descarnada soledad de la vejez. El recurso a la compañía del perro no deja de ser un mecanismo para paliar carencias de afectividad humana.

5. ANUBIS, DIOS GUARDIÁN DE LOS MUERTOS

Y es que el perro ha estado siempre presente en la vida del hombre. Es más, cuando éste no lo ha tenido físicamente a su lado, lo ha imaginado y soñado para hacerlo sublime, como ocurrió con Anubis —cabeza de chacal, de lobo o, tal vez, de galgo— deidad funeraria, dios guardián de los muertos, hijo de Osiris y de Nef-te, en el antiguo Egipto; o como en épocas mucho más cercanas ha venido sucediendo en el lirismo de ciertos poetas.

Para el gran poeta de Moguer, a propósito de su “Platero y yo”, la entrada del otoño es “un perro atado, ladrando limpia y largamente, en la soledad de un corral, de un patio o de un jardín, que comienzan con la tarde a ponerse fríos y tristes...”. No cabe forma más bella, por indirecta que sea, de enaltecer a un animal mientras sus ladridos asaetean con placidez la quietud y el silencio de una tarde declinante en el campo.

Aunque, todo hay que decirlo, en ese cariño que mata, el hombre ha imaginado otras veces al perro para hacerlo ejemplo metafórico de defectos o maldades en referencia a las más diversas cosas o entidades.

6. PERRO DURMIENDO

¿Qué culpa tiene el perro —me pregunto— de que su fisiología y su esencia marquen su invariable comportamiento? Es el sambenito que lleva colgado este noble animal a modo de descomunal tanganillo. Y así, verbigracia, “granadas de diente perro” o “noche de perros”, se erigen en máximos exponentes, respectivamente, de la acidez de esa atractiva fruta o de la zozobra de la noche por antonomasia en que los fenómenos atmosféricos se han desatado inusualmente.

Pero la leyenda negra levantada en torno al perro para construir a costa de él el recurrente símil de los vicios humanos, de la persona ociosa y viciosa, y toda la letanía de sus fobias, desgracias y frustraciones no tiene límites. De esta manera, ejemplo del hombre interesado es aquél que llega a decir “dame pan y llámame perro”, que es tanto como afirmar “dame pan y dime tonto”; y paradigma de la persona que habla mucho y hace poco o que se muestra escasamente resolutiva es el que atesora la máxima “perro ladrador, poco mordedor”. En esta línea negativa, la

síntesis de las desgracias y de que éstas no vienen solas se halla en la expresión “a perro flaco todo se le vuelven pulgas”.

Pero hay otras perlas de peor significación y contenido. Así, como patrón del machismo vaya ésta: “En cojera de perro y lágrimas de mujer no has de creer”. Como esencia de la xenofobia esta otra: “Ese tío es un perro judío”. Y como botón de muestra de la intolerancia de los nacionalismos, repárese finalmente en ésta: “perros y maquetos”.

También ha sido en otras ocasiones el perro tema central del refranero o motivo recurrente para hacer simplemente descripciones, con más o menos fortuna. “En febrero busca la sombra el perro”. “No tengo padre ni madre, ni perro que me ladre”. “Perros y gatos distintos platos”. “El perro que no es de raza, si no tiene hambre no caza”. Aserto este último que en el ámbito de la cinegética se presta al equívoco, pues con él se omiten a no pocos “tarabitos”, algunos de penosa presencia, que han hecho las delicias de muchos cazadores.

Para culminar esta ristra de sentencias, no puedo dejarme atrás dos que reflejan la prudencia que se ha de tener con ciertos perros, bien por ser desconocidos o por infundir poca nobleza, haciendo abstracción de esas otras razas extravagantes y peligrosas que tan de moda están entre algunos desaprensivos. “A perro que no conozcas no le espantes las moscas” o “Al perro que es traicionero no le vuelvas el trasero”. Máximas que tienen un componente tradicional digno de ser respetado. No podemos olvidar ese *cave canem*, el actual “cuidado con el perro”, que se colocaba en el frontispicio de las casas de la antigua Roma.

Aunque la verdad sea dicha, el perro traicionero tiene casi siempre su explicación, como ocurre con la motivación que muchos juristas y criminólogos tratan de encontrar al delito y al delincuente: ¿producto social, composición genética, fatalidad lombrosiana, una mezcla de todo? —se preguntan aquéllos. Con el perro —me pregunto yo— ¿ocurrirá lo mismo? A lo mejor de ahí viene esta sentencia de perros manteados: “El perro nunca olvida el primer palo”. A diferencia del hombre, este animal no tropieza dos veces en la misma piedra. La mala experiencia ya no se le borrará jamás de su recuerdo.

Pero dejemos a un lado el refranero y el recetario de sentencias a cuenta del perro, y abordemos a este animal como fuente de inspiración de escritores, cineastas o pintores, cuando no como objeto mismo de su arte y creatividad. Quede hecha, en cualquier caso, la advertencia de que ello se hará desde un mero propósito ejemplificativo, a veces infundido por el mero capricho, dada la vastedad del tema.

En la literatura y el cine el perro tiene su sitio dando títulos o temáticas a las obras. Antes hablamos de JUAN RAMÓN JIMÉNEZ a propósito del lirismo del perro y sus ladridos. Pero también los sueños son interpretados en clave canina. La contextualización onírica, la muerte vislumbrada, son “Los ojos de perro azul” en GARCÍA MÁRQUEZ. La agresividad impactante de la imagen hasta el delirio es el “Perro andaluz” en BUÑUEL. La represión y la brutalidad existente en determi-

nadas estructuras sociales lleva el nombre de este animal en “La ciudad y los perros” del entonces principiante novelista VARGAS LLOSA.

Un par de siglos antes la fábula, como instrumento de enseñanza para exaltar el don de la libertad descarnada frente a una concepción conformista de la esclavitud también tiene por protagonista al mejor amigo del hombre en el “Lobo y el perro” de SAMANIEGO. El terror y el misterio encuentran su quintaesencia en “El perro de Barkerville” de CONAN DOYLE. Abundan igualmente relatos breves de escritores de la talla de G. K. CHESTERTON, WALPOLE, VIRGINIA WOOLF, LONDON o RUDYARD KIPLING, que intentaron ver cuál era realmente el nexo entre este animal y el ser humano, destacando la arrebatadora sensibilidad con que Virginia Woolf nos cuenta el final de “Flush”, el cocker spaniel de orejas largas de la poeta Elisabeth Barrett.

7. “CAMPELINO JUNTO A SU PERRO A LOMOS DE LA BESTIA” (F. SÁNCHEZ ZAMORANO)

Mucho antes, retrocediendo en la historia, la brutal división de clases en el tránsito del siglo XVI al XVII quedó magistralmente retratada por el FÉNIX DE LOS INGENIOS en “El perro del hortelano”, ése que ni come ni deja comer, encarnado en los caprichos de la condesa Diana —metáfora de la caza, ésta del hombre— a cargo de los escauceos amorosos con su criado Teodoro, al que ni hace ni deja hacer en esas lides.

Ese perro del hortelano que evoca al pequeño perro hatero, esto es, al perro de ladrido fácil que acompañaba al campesino, confundido con él como si fuese un apéndice inseparable de su cuerpo, en las labores diarias del campo y en la custodia de su vianda y sus aperos.

En otras ocasiones, el perro se utiliza como simple decorado de la narración. No podemos olvidar, al respecto, el galgo cervantino de don Quijote, simbolismo de una de las razas más hermosas y enigmáticas, raza que se asociaba a cierta alcurnia social.

8. “GALGO” (PAUL DE VOS)

Can de aquél lugar de la Mancha donde “vivía un hidalgo de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor (...)”. CERVANTES invierte la costumbre. El perro no sigue al amo por las sendas de su cuerda demencia. Bajo las estrellas de las noches mesetarias aquél ya no guardará el hato durante el descanso de los dos aventureros, ni avisará de la presencia de malandrines y forajidos. CERVANTES, tal vez inconscientemente, dibuja la paradoja y atribuye el enjuto costillar, además de al caballero, a Rocinante. El galgo queda como una insinuación de la caza, tal vez como esbozo de la afición de su amo, postergado en la casa, atado a la puerta, mientras desde su delirio don Quijote y Sancho partían por los campos de Montiel en busca de aventuras. El galgo permanece, pues, neutralizado,

inservible para deshacer la acometida encerril y gatuna a propósito de los falsos amores de Altisidora. El galgo, todo lo más, aparece evocado en esos “ladridos de perros que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho” a la medianoche, en aquellas callejas oscuras y misteriosas del Toboso, mientras ambos trataban afanosamente de encontrar el imposible paradero de la sin par Dulcinea.

9. PERROS EN LAS PINTURAS RUPESTRES DE TASSILI N'AJJER (ARGELIA)

Sin embargo, es en la escultura y, sobre todo, en la pintura donde el perro encuentra su mayor expresión artística. En las pinturas rupestres aparecen principalmente los animales objeto de caza, pero también se dejan ver de modo premonitorio escenografías caninas, apuntes de perros que empiezan ya a colaborar con el hombre prehistórico, el cual, desde entonces, los hace partícipes de su magia y sortilegio. De una forma muy esquemática aparecen representaciones de estos animales en la Cueva de los Perros, ubicada en el término municipal de Zarza Capilla (provincia de Badajoz), y con más detalle hay escenificaciones de perros persiguiendo a un ciervo en las pinturas de Tassili n'Ajjer, en Argelia.

En el antiguo Egipto, como antes apuntamos, abundan las representaciones escultóricas y pictóricas, así como en la Grecia clásica, donde destacan los trabajos en terracota. Es conocido también que el rey persa Jerjes llevaba en su cortejo robustos molosos.

10. ACTEÓN ASEDIAO POR LOS PERROS

De gran belleza en el arte de la magna Grecia es ese “Acteón asediado por los perros” de GIUSEPPE CESARI, que representa el mito de Artemisa, diosa que no perdonó que el célebre cazador, hijo de Aristeo, contemplase su desnudez mientras se bañaba en el bosque, al cual condenó a ser devorado por sus propios perros después de convertirlo en ciervo. Lo mismo ocurre en la Roma imperial, donde ya se utilizan canes de menor porte para la caza y, especialmente, para solaz en el hogar: los llamados perros de familia. Esta nueva presencia del perro se traslada lógicamente a las representaciones artísticas de todo tipo.

El oscurantismo de la Edad Media oscurece al perro, valga la redundancia, y éste casi desaparece de la vida del hombre.

Más tarde, con el Renacimiento, el perro se humaniza. A partir de aquí se representa ya tumbado bajo las mesas durante los banquetes y lo, que es más importante, recobra su función de animal auxiliar e imprescindible en el arte de la venación, especialmente como elemento inseparable en la práctica de la caza por parte de reyes y nobles. Los artistas trasladan con detalle a sus lienzos todas estas primicias y la renovada presencia del perro en la vida doméstica. Perros de las más diversas razas surgen a los pies de reyes, rodeados de artes de caza, en bodegones, escenas campestres, paisajes, u ocupando lugares ciertamente relevantes en escenas cotidianas.

11. “LA MENINAS” (VELÁZQUEZ)

VELÁZQUEZ, MURILLO, RUBENS y GOYA, más tarde, se llevan la palma.

La honda quietud del mastín de “Las Meninas” ante la traviesa impertinencia de Nicolás Pertusato, contrasta, desde luego, con la impresionante movilidad de todo el cuadro, con su atmósfera de dinamismo y de sugestiva profundidad. Alguien podría reprocharle al pintor que no reflejara al can “haciéndole las fiestas” a la egregia pareja formada por Felipe IV y Mariana de Austria, que queda reflejada en el espejo, aunque tal vez lo que VELÁZQUEZ pretendiera era retratar la majestuosidad y nobleza del animal, que ya se presenta con las orejas cortadas, costumbre que aún perdura.

12. “ANCIANA ESPULGANDO AL NIÑO” (MURILLO)

Entrañable es el perrito que refleja MURILLO en el lienzo “Anciana espulgando al niño”. Mientras éste lo trata de acariciar sosteniendo en su mano izquierda un mendrugo de pan al tiempo que la mujer le hurga en sus cabellos para quitarle las pulgas, el animal dirige con fijeza su mirada al chiquillo, pareciéndole indicar con ella que suelte prenda rápido y le dispense un trozo.

13. “LA SAGRADA FAMILIA DEL PAJARITO” (MURILLO)

Mucho más tierna es la estampa que el pintor sevillano refleja, con su especial sensibilidad cuando compone estampas religiosas, en “La Sagrada Familia del Pajarito”. Éste, tal vez un gorrión, cobra cierta relevancia pese a su reducido tamaño, aunque sólo sea por el nombre de la composición pictórica. Pero desde luego el perro —quizá un cruce de bodeguero y bichón maltés— mostrando a las claras su instinto cazador al clavar sus ojos en la avecilla, ocupa una posición principal acompañando en perfecta sincronía la paz y la desbordante ternura que reflejan la Virgen María, San José y el Niño. La expresividad de la composición es sencillamente asombrosa.

14. “DIANA CAZADORA” (RUBENS)

Elegantes son los musculosos y mitológicos perros de la Diana Cazadora de RUBENS. Esta obra refleja una cacería de Diana acompañada de sus ninfas. Se trata de un tema recurrente en la pintura de Rubens. No obstante, en esta obra, a diferencia de otras, nos hallamos en el arranque de la jornada venatoria, pues no vemos a los perros enfrascados con la presa. Lo que precisamente el genio flamenco pretendía era immortalizar a la diosa y sus ninfas con sus flechas y lanzas en los preludios de la montería, rodeadas todas ellas de canes impacientes por comenzar la batida mientras una de esas ninfas parece marcar ese momento al toque de corneta. Es digna de resaltar la deliberada coincidencia de la musculatura de los cuerpos femeninos con la de los perros. Un mediano observador podría extraer la conclusión de

que para la composición de esta magnífica obra y la concepción de los animales que en ella aparecen, el pintor no dejó de estar influenciado por su coetáneo Paul de Vos, maestro en plasmar en los lienzos a todo tipo de canes.

15. "LA DUQUESA DE ALBA" (GOYA)

Coqueto y simpático se presenta el caniche de la Duquesa de Alba de GOYA. El perro figura ataviado con un lazo rojo en su pata trasera izquierda, a juego con el de la duquesa, lo que denota una licencia del autor que podría considerarse un tanto atrevida, pues con independencia del collar más o menos decorado, aun no estaba muy extendida la costumbre actual de emperejilar a estos animales.

Andando en el tiempo, MANET y GAUGUIN, éste con su particular estilo, representan con sus pinceles canes entrañables.

16. "DIANA CAZADORA" (J. ROMERO DE TORRES)

Más cercano a nosotros y a nuestra cotidianidad cordobesa, sobresale "Pacheco", el espectacular galgo negro de ROMERO de TORRES —un ejemplar que, a juicio de algunos, le regalasen al maestro en Porcuna— como una pieza emblemática de su material pictórico, transido de simbolismo y obsesión. En su "Diana cazadora" puede apreciarse la magnificencia del animal mientras permanece atraillado por la mujer, cuyo torso desnudo se muestra especialmente armonioso con el pelo corto de brillante azabache del perro.

17. "PERROS DE MONTERÍA" (MARIANO AGUAYO)

Aunque para terminar esta perspectiva del perro no quiero dejarme en el tintero a los impresionantes podencos, "pelicderdeños" y "quitaores", dando color a los collados de Sierra Morena, que plasma en sus lienzos como nadie el también cordobés MARIANO AGUAYO, el cual ha creado un estilo personal y particular de inmortalizar a estos animales sobre los ocres y verdes de la sierra cordobesa, en escenografías y lances cinegéticos realmente únicos.

Después de este recorrido, abordemos ahora más directamente esa "sociedad" indisoluble que forman el hombre y el perro en el aspecto que para los aficionados a la caza llega a ser motivo de emoción sublimada. Vamos a dejar a un lado, por tanto, esas otras derivaciones que conforman la sociedad genérica del hombre racional y el animal racionalizado, esa pareja formada por el pastor alemán y el policía, el perro hatero y el campesino, el labrador y el ciego, el pinscher y el niño, el mastín y el cabrero, por poner sólo algunos ejemplos. Centrémonos, por tanto, en el hombre cazador y el perro de caza, tándem que, como dijimos, constituye esencia misma del arte venatorio.

Nos va a dar igual que el perro, en teoría, sea cobrador, de muestra, levantador, sabueso, lebrél o goce de casi todos los atributos. Tampoco nos va a importar que el can sea cocker o podenco, setter o pachón, pointer o braco, español bretón o perdiguero. Incluso puede pasar a un segundo plano que tenga algún defecto físico por aquello de la máxima “cazador viejo y perro cojo”. Demos, en consecuencia, por servible a cualquier perro con tal de que cubra unos mínimos y de que exista empatía entre éste y el cazador, y vayámonos al campo, a la campiña o a la sierra, al olivar o al monte.

18. ESCENARIO DE CAZA

Quedémonos sólo con el hombre, el perro, el paisaje y la pieza, ésta oculta y no muy abundante entre sus congéneres para que la caza conserve así su incertidumbre y su fuerza atractiva.

Pero completemos aún más el cuadro. El campo está solitario y silencioso, en marmórea calma, la vegetación inmóvil, el viento ha dejado de afinar su pífano en las copas de las encinas, y el sol manda en el horizonte pintando sombras. El cazador y su perro son ya dueños de un paisaje que han interiorizado, que han hecho suyo. A nadie más le pertenece. Mientras tanto la pieza, inmóvil, los avizora desde ese mismo paisaje del que ésta también forma parte. Está contemplándolos. Los escruta con su vista, los ubica con su oído, los marca con su olfato. Ellos, en cambio, sólo la presagian, la intuyen, la imaginan, pero no saben nada más. El lance es todavía una abstracción, un deseo que excita la pasión, todo lo más un esbozo que perfila la experiencia de otros lances, de otro momento en el mismo lugar, en semejante matorral que fue un día guarida de otra pieza. El cazador sueña y recompone aquella escena. Ordena los fragmentos de aquel naufragio y traza en el aire con precisión quirúrgica el vuelo de aquella perdiz que logró incomprensiblemente superar el segundo disparo. El perro lee el yerro en la ensoñación del amo y le mira desde uno de los vértices de su milimétrico zigzag, mientras parcela el terreno con perfectos cruces. El perro no quiere que quede ausente un solo trozo de atmósfera por donde pueda escaparse efluvio alguno. Su corazón bombea más deprisa. Su agilidad se incrementa y los virajes son cada vez más rápidos y numerosos.

19. ESPAGNEUL-BRETÓN HACIENDO LA MUESTRA

El hocico alto, como queriendo salvar el matorral, es preludio de la cercanía de la pieza, cautela de una futura carrera, tránsito de un sentido a otro, de la imaginación a la imagen, del rastro a la visión. El perro ya ha captado en toda su dimensión la presencia de la pieza, la ha localizado, ha copiado su futuro trayecto y ha procesado los datos. En milésimas de segundo ha recompuesto, en suma, la novedosa situación y ha valorado posibilidades. Entonces la movilidad da paso a la más absoluta inmovilidad. La rigidez de la pieza se ha trasladado a su delator, total y avasalladora, y desde éste, a su vez, como un espasmo, al cazador. El paisaje también se

suma por unos instantes. Su lienzo se tensa como el músculo del perro. El horizonte, y todo lo que aparece bajo su línea, parecieran estar dibujados.

Pero hagamos ahora un brevísimo paréntesis y dejemos para más tarde el desenlace. Aprovechando esta disertación sobre el perro quiero hacer una reflexión para cazadores y no cazadores. ¿Qué es la caza? Me permito responder: un deporte. Hoy día, prácticamente desaparecido el recurso a ella como medio de subsistencia, sólo un deporte. Hace tiempo así lo creía ya ORTEGA, que dicho sea de paso no era cazador. Para el filósofo la verdadera caza era una actividad deportiva. “Al deportista no le interesa la muerte de la pieza —decía—; no es eso lo que se propone. Lo que le interesa es todo lo que antes ha tenido que hacer para lograrla; esto es, cazar. Con lo cual se convierte en efectiva finalidad lo que antes era sólo medio (...). Si al deportista le regalan la muerte del animal, renuncia a ella. Lo que busca es ganársela, vencer con su propio esfuerzo y destreza al bruto arisco (al bicho) con todos los aditamentos que esto lleva a la zaga”.

Sin embargo, hagamos una última y más concreta indagación: ¿Qué es la caza con perro? Yo entiendo que todo lo anterior, pero magnificado, sublimado, mitificado... Como antes quedó dicho, la caza con perro es el clímax de su concepción estética, la armonía más perfecta conseguida en el proceso de colaboración de dos cazadores natos: el ser humano y el animal humanizado. La caza con perro adquiere, en palabras del citado filósofo, “no sé qué majestad sinfónica”.

20. CAZADOR APUNTANDO

Voy terminando. Pero antes accionemos el *play* de nuestro imaginario vídeo, y dejemos transcurrir hasta el final la escena que habíamos dejado congelada. El perro, tras sostenerla debidamente, ha roto la muestra. Al final, el cazador, que tenía ya liberado el seguro, con el índice de su mano derecha ligeramente apoyado en el gatillo, eleva rápidamente la escopeta, mete el hombro y ajusta su cara a la culata. Al unísono, la ruidosa y vigorosa huida de la pieza le saca de dudas. Es una perdiz, aunque ya lo adivinaba por las maneras del perro. Inmediatamente, el estampido de un disparo taladra el silencio del instante.

21. COBRANDO UNA PERDIZ

La voladora se ha hecho una masa informe en el aire apenas a diez metros del lugar donde dio el repullo. El can está ya en el lugar en que quedó abatida y la tiene entre sus fauces. Con rapidez la trae, diligente y generoso, hasta la mano de su amo. El olor de la pólvora contribuye al éxtasis: ¡Qué perro tengo!, pensará aquél para sus adentros deshecho en felicidad.

La caza ha terminado. Se puede repetir otro lance, pero nunca otro igual. Sin embargo, el perro quedará ahí para otros momentos, para otras oportunidades.

22. PAREJA POLICIAL

El perro, en efecto, permanecerá a su lado, junto al hombre, junto a sus grandezas y miserias, para su deleite, para buscar de él simplemente compañía, con su ladrido casi hecho palabra para comunicar con el amo. Este animal seguirá ocupando su pensamiento como fuente de inspiración para escribir, pintar o esculpir, como terapia psicológica para algunas enfermedades, como alivio para sobrellevar otras, como auxiliar en muchos menesteres, como, tal vez, simple motivo para imaginar o fantasear, desde la cálida percepción del valor de la fidelidad que sólo él le puede dispensar de un modo prácticamente inquebrantable.

Por eso, sin ser “animalista”, participo de la filosofía de la que están impregnadas ciertas normas penales últimamente introducidas en el Código Penal español que vienen a castigar a quien practique el maltrato animal; participo, pues, de esta nueva sensibilidad llevada a sus justos términos, sin exageraciones ni desmesuras.

23. SANSÓN (EL PERRO DE CASA)

Especialmente cuando son impagables los servicios que a lo largo de la historia ha prestado el perro al ser humano en las diversas facetas de su vida. Pido, en fin, respeto para este animal, que no tiene otro modo de proclamar y celebrar la llegada de su dueño que el de deshacerse “en fiestas”, hecho un ovillo de vitalidad dando saltos y dibujando piruetas en el aire entre expresivos ladridos de alegría.